

LA INTUICIÓN

y el Análisis Transaccional

Eric Berne

Prólogo de Felicísimo Valbuena



Colección: Análisis Transaccional

eder

Adquiera este libro en

www.jederlibros.com

Gracias por descargar el extracto de este libro.

Siéntase de libre de reenviarlo a quien estime oportuno.

Visite nuestra web para más información sobre nuestra labor editorial, novedades y títulos en preparación, más información de interés sobre el análisis transaccional y un amplio catálogo en nuestra sección de librería especializada en títulos de AT.

Regístrese en la sección "Librería" de nuestra web.
Tiene muchas ventajas.

JEDER ya está en Facebook. Busque "Editorial Jeder"

Relación de títulos publicados:

- *El otro lado del poder.*
Análisis transaccional del poder personal.
Claude Steiner
- *El corazón del asunto.*
Amor, información y análisis transaccional.
Claude Steiner
- *La intuición y el análisis transaccional.*
Eric Berne
- *A Montreal Childhood.*
Eric Berne

Editorial Jeder
[jeder: uno cualquiera]
Sevilla – España

Eric Berne

LA INTUICIÓN
y el Análisis Transaccional

Editorial Jeder
[jeder: uno cualquiera]
Sevilla – España

Título original: INTUITION AND EGO STATES
Autor: Eric Berne

© *Autor:* Herederos de Eric Berne

© *Traducción:* Eva Aladro Vico
Agustín Devós Cerezo
Elvira García de Torres
Salvador Sedeño López

© *De esta edición:* Editorial Jeder
Colección: Análisis Transaccional

Maquetación: Editorial Jeder
Diseño: www.3dearte.com
Ilustración portada: Eduardo Campoy Molinero

Primera edición: 10 de Mayo de 2010

ISBN: 978-84-937032-3-3

Dep. Legal:

Impresión: Publidisa

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor o el propietario del *copyright*. De conformidad con lo dispuesto en el Art. 270 del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad, quienes reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte, sin la preceptiva autorización.

Impreso en Sevilla, España – *Printed in Spain*

Editorial Jeder es una marca registrada de Gisper Andalucía, S.L.:

© Gisper Andalucía, S.L.
C/ Fernando IV, 7
41011 – Sevilla – España
www.jederlibros.com

PRÓLOGO

Jorge Luis Borges ha sido uno de los escritores y críticos literarios más originales de todo el siglo XX. Alberto Rangel ha afirmado que podría escribirse una muy buena historia de la Literatura con todos aquellos autores que no le gustaban a Borges (y que Rangel enumera). También nos sale una excelente historia de la Literatura con aquellos autores que le agradan. Entre ellos, al que más admira es a Gilbert Keith Chesterton, del que escribió y habló en todas las ocasiones que pudo.

Para comenzar este Prólogo, me he fijado en esta afirmación de Borges:

Y en el caso de Chesterton tenemos tantas cosas... tenemos el libro sobre San Francisco de Asís, el libro sobre Santo Tomás de Aquino. Él dijo que en el caso de San Francisco bastaba con un esquioco, con un dibujo; pero que en el caso de Santo Tomás habría que pensar más bien en un plano, en el plano de un gran edificio. Y eso ya los define de algún modo a los dos (Pág. 314).

Pienso que podemos aplicar estas líneas de Borges a los ocho artículos sobre la intuición que Berne publicó entre 1949 y 1962. Los artículos I, II, IV y V son un dibujo. Los III, VI, VII y VIII, un plano.

La ordenación precientífica del Análisis Transaccional

Gustavo Bueno Martínez, que elaboró hace casi cuarenta años una de las teorías de la ciencia más originales y que él y otros muchos han venido aplicando a muy diferentes esferas

de la realidad, sostenía que debíamos distinguir dos momentos en el decurso de cualquier saber: el de la ordenación precientífica y el de la ordenación científica. El primero es imprescindible para que tenga lugar el segundo.

La ordenación precientífica tiene lugar de dos maneras: O por las tecnologías o por un arte muy desarrollado. La científica, mediante las categorías.

Si nos fijamos en los artículos I y II —*Sobre la naturaleza de la intuición* y *Sobre la naturaleza del diagnóstico*—, Berne desarrolla un arte de la observación que él también había visto practicar a los adivinadores de peso profesionales y a los clínicos experimentados. Y lo desarrolla con miles de soldados y dedicándoles menos de un minuto a cada uno. Es una experiencia tan única, tan especial, que no creo que otras personas hayan pasado por ella. Sin embargo, los inventores de sistemas o de tecnologías sí pasan por una vivencia, semejante a la que Eric Berne debió de tener, cuando se dan cuenta de que contribuyen de una manera creativa a mejorar algún aspecto de la realidad.

Leyendo los dos primeros artículos, nos damos cuenta de que el primero parece un artículo «académico», pero el segundo significa un abandono de esta línea. Berne no pudo o no se preocupó por conservar los datos e informaciones que había recogiendo durante los cuatro últimos meses de 1945: «Puesto que los archivos completos no se conservaron en el Centro de Licenciamiento, invito a los interesados en las cifras a considerar las ideas ofrecidas en este informe independientemente de la experiencia con los soldados».

Podemos pensar en lo que los escolásticos denominaban «futuribles»: ¿qué hubiera ocurrido si se hubiera cumplido una condición que realmente no se dio? Es decir, ¿qué hubiera ocurrido en la historia del Análisis Transaccional si Berne hubiera actuado, desde el principio, como un científico cuidadoso con sus hallazgos? Una respuesta es que el mundo académico hubiera tomado en serio, o mucho más en serio, al AT. Otra, que las cosas siguen igual hasta que dejan de serlo. Es decir, que los estudiosos del AT pueden poner manos a la

obra en cualquier momento y saturar sus afirmaciones con referentes del mundo real.

La gran ventaja del Análisis Transaccional es que contiene muchas ideas y categorías originales, de las que pueden extraerse investigaciones muy serias y muy beneficiosas para la sociedad. En el campo de las Ciencias Sociales, numerosas investigaciones cumplen todos los pasos del método científico, pero más bien como un rito. Cuando nos centramos en lo que muchos artículos dicen, nos damos cuenta de que falta originalidad y de que no aportan soluciones a muchos problemas del mundo actual. Por eso, también hace casi cuarenta años, Ronald Havelock sistematizó una corriente que él denominó «utilización del conocimiento científico». Se dio cuenta de que muchas investigaciones subvencionadas estaban más al servicio de los intereses personales de los académicos para impulsar sus carreras que para beneficiar a la sociedad.

Sí, a Berne pueden faltarle datos en los que apoyar sus afirmaciones, pero le sobran ideas. Y éste es un aspecto muy importante. ¿Cuántas veces hemos oído que «una imagen vale más que mil palabras»? Ahora, siempre replico: «Y una idea vale más que mil imágenes».

Entre las proposiciones de Berne que resalto de su primer artículo están: «Las dinámicas de los ojos y de los músculos periorbitales expresan actitudes hacia la realidad. Las dinámicas de los músculos faciales inferiores y del cuello son más indicativos de vicisitudes instintivas». Y esta otra: Berne no juzgaba las ocupaciones de los soldados, sino las actitudes hacia los problemas de la realidad. La señal positiva del ojo del granjero no significaba «granjero», sino «alguien que espera impasible ante una situación imponderable»; mientras la señal positiva del ojo del mecánico no significaba «mecánico», sino «alguien que tiene curiosidad por conocer qué pasará a continuación y qué cosas se llevarán a cabo».

Si utilizamos la terminología de Gustavo Bueno, podemos decir que, en el plano sintáctico, Berne estaba realizando «operaciones» cuando miraba a los soldados y les hacía las

dos preguntas o cuando se daba una vuelta por los barracones y preguntaba o respondía sobre aspectos de la vida personal de los soldados. En el plano semántico, se fijaba en los «referentes fisicalistas» —ojos y músculos— y llegaba a las «estructuras» o «esencias»: actitudes hacia la realidad y vicisitudes instintivas.

Antes, he afirmado que los cultivadores del AT pueden realizar trabajos científicos siguiendo los caminos que Berne abrió en los años cuarenta. Voy a poner un ejemplo, un gran ejemplo. En 1982, David A. Steere publicó *Body movements in psychotherapy*. En sus 308 páginas, Steere convirtió el dibujo de los dos primeros artículos de Berne en un auténtico edificio. Es una obra que debemos traducir al español cuanto antes, porque puede atraer el interés de muchos estudiosos. Ahí es donde nos damos cuenta de que el AT puede superar los estudios del norteamericano Paul Ekman, del sudafricano Wallace Friesen, del inglés Desmond Morris y del español Fernando Poyatos, que han sido las grandes luminarias de la Comunicación No Verbal. Precisamente, porque da una interpretación global, «estructural», de los problemas de las personas.

Las preguntas que me sigo haciendo es por qué Steere no prosiguió esa línea de investigaciones y por qué no lo hicieron otros estudiosos del AT. Para la segunda, no encuentro respuesta. A la primera puedo responder diciendo que Steere, que nació en 1931, es un pastor presbiteriano y que sus superiores debieron de encargarle que se ocupase de otros asuntos más importantes para ellos: La pastoral, la confesión... y él les obedeció. Es el segundo caso parecido que encuentro. El primero, el del jesuita español Luis Alonso Schökel. Podría haber sido el gran renovador de la enseñanza de la literatura creativa en España —sólo hay que leer su libro *La formación del estilo* (1946)— y ahora tendríamos muchos mejores novelistas y guionistas de cine en España; sin embargo, sus superiores le enviaron a que dirigiera el Instituto Bíblico de Roma... y se pasó cuarenta años dedicados a traducir y publicar textos bíblicos. Sí, ha logrado el mejor español escrito para el

oído —*La Biblia del peregrino*—, que está a la altura de *Oráculo manual y arte de prudencia*, del también jesuita Baltasar Gracián, pero sólo después de su jubilación, volvió a sus orígenes y publicó *El estilo literario* (1995). Pienso también en el «futurible» de cómo hubieran marchado las cosas en la literatura y en el cine español si Schökel hubiera seguido su línea de trabajo.

La ordenación científica del Análisis Transaccional

El tercer artículo —*Sobre la naturaleza de la comunicación*— significa un paso muy importante en la trayectoria de Eric Berne. Éste podría haber sido un psicoanalista, a la altura de Karen Horney, por ejemplo, pero se cruzaron en su camino los libros *Cibernética*, de Norbert Wiener (1948) y *La teoría matemática de la comunicación*, de Claude Shannon y Warren Weaver (1949). Y vio con gran claridad que no eran unos libros más, sino que ofrecían unas categorías que no sólo complementaban sino que desbordaban las del Psicoanálisis.

Francisco Massó ha afirmado que Berne no es el primero, ni el único, que traslada un modelo cibernético al estudio de la comunicación humana. Bateson, amigo y referente de Berne en este campo estableció ya una jerarquía de aprendizajes y de procesos asociados a los mismos.

Por mi parte, creo que comprender el artículo de Berne exige tener en cuenta los tres niveles relevantes en la teoría matemática de la comunicación, según Weaver: a) el problema técnico de la precisión; b) el problema semántico del significado y c) el problema de la influencia o efectividad. Y aquí es donde Berne no se contentó con ser un simple seguidor que aplicaba las ideas de las dos nuevas teorías, con sus modelos correspondientes, sino que demostró tener ideas propias. Y todavía habría resultado más claro si hubiera enlazado los tres niveles de la teoría matemática de la comunicación con las tres dimensiones del lenguaje que distinguió Charles Morris: Sintaxis, Semántica y Pragmática. Porque Berne dominaba muy bien la Semiótica de Morris. ¿Cómo, si no, hubiera podido escribir esta frase en el artículo: «El psicólogo

considera ruido e información semióticamente desde el aspecto pragmático»?

Los cambios de perspectiva de Berne consistieron en dar más importancia al ruido que a la información y al problema pragmático de la influencia o efectividad, que le interesaba como psiquiatra. De esta manera, comenzó a poner las bases para ordenar científicamente su creación posterior, el Análisis Transaccional.

En cuanto al primer cambio, Berne hizo más que nadie en aquellos tiempos para aclarar el concepto de ruido. Incluso, podemos decir que aplicó su intuición para distinguir los tres tipos de ruido que Russell Ackoff y Fred Emery, en 1972, definieron como ruido sintáctico, semántico y pragmático. *On purposeful systems*, la obra de estos dos autores, contiene las definiciones más rigurosas de los conceptos más importantes en Ciencias Sociales.

Berne alude a la «nieve» de un aparato de televisión. Éste es un ruido sintáctico, como un documento roto en pedazos también contiene ruido sintáctico. A los técnicos les interesa, sobre todo, convertir este ruido en información. También habla Berne de comunicaciones ambiguas. La ambigüedad es el ruido semántico. Más adelante, en *¿Qué dice usted después de decir "Hola"?*, se inclinaba por las grabaciones que tuvieran ruido sintáctico y semántico, porque revelaban más aspectos sobre el emisor que las cintas sin ruido. Y en cuanto al ruido pragmático, ya en su primer artículo había escrito «La función intuitiva es fatigosa; v.gr., después de cerca de 50 conjeturas sucesivas en el centro de selección, el porcentaje de conjeturas correctas disminuyó de manera señalada. Y a pesar de la inactividad subjetivamente observada de algunas de las funciones del yo, la intuición es fatigante. Podemos comparar el tipo de fatiga con aquella que sentimos después de cualquier esfuerzo mental difícil, como tras una dura partida de ajedrez». Ackoff y Emery definieron el ruido pragmático como «cualquier cosa que aparece en un mensaje o en su ambiente que no fue producida por el emisor y que disminuye la probabilidad de que el receptor responda en la forma intentada

por el emisor». Entre las aportaciones más importantes de Berne están las categorías de comunicaciones manifiestas y comunicaciones latentes. Anticipan lo que luego él llamará nivel manifiesto o social y nivel psicológico.

En cuanto al segundo cambio, Berne se valió de la doctrina freudiana de las catexias y ahí arriesgó menos y, por tanto, la fundamentación científica del AT es menos rigurosa. Catexis y energía psíquica son dos de los asuntos más oscuros sobre los que Freud escribió. Berne consideraba que el camino más sencillo era agradecer el concepto de catexis e intentar correlacionarlo con las observaciones propias. Para él, catexis era la inversión de energía psíquica en un determinado Estado del Ego. Valiéndose de una analogía con la actividad de un mono, Berne distinguió la catexis atada, que corresponde a la energía potencial, la catexis desatada a la energía cinética, y la catexis libre a la energía muscular; y la catexis desatada junto con la catexis libre podrían llamarse entonces catexis activa. Tanto Freud como Berne se están moviendo en el paradigma de la Mecánica Clásica.

Los citados Ackoff y Emery sí supieron elaborar categorías más potentes y científicas. Dentro de la comunicación en general, distinguieron: «*Información*: Una comunicación que produce un cambio en cualquiera de las probabilidades de elección del receptor»; «*Instrucción*: Una comunicación que produce un cambio en las eficiencias de cualquiera de las vías de acción del receptor». «*Motivación*: Una comunicación que produce un cambio en cualquiera de los valores relativos que el receptor coloca en los posibles resultados de su elección».

A pesar de esta insuficiencia, Berne es uno de los autores más originales que han escrito sobre comunicación; supo conectar muy bien con un público de millones de lectores y su sistema sigue teniendo una gran actualidad, porque anticipó las principales cuestiones teóricas de la ahora llamada Sociedad de la Información. Y, desde luego, sus estudios sobre la intuición pueden cobrar cada día más importancia si los transaccionalistas utilizan esas categorías potentes y científicas a que me he referido antes.

Del Psicoanálisis...

El cuarto artículo —*Imágenes primarias y juicios y juicio primario*— parecen no tener conexiones con el artículo anterior. Pienso que 1955, año en que publicó el artículo, significó para Berne una etapa turbulenta en sus relaciones con los poderes del Psicoanálisis y él intentó adaptarse, sin proseguir el hilo conductor que había iniciado con el tercer artículo. Así pues, emplea un lenguaje y estilo psicoanalíticos porque quería fundirse con el ambiente y comportarse como un emboscado.

El matrimonio Elisabeth Watkins Jorgensen y Henry Irving Jorgensen dedicaron infinitas horas, como suelen hacer los biógrafos en Norteamérica, a entrevistar a muchas fuentes vivas para, después, escribir *Eric Berne, master gamesman. A transactional biography*. Es un libro excepcional para comprender a Berne y al mundo del AT. Ellos detallaron cómo fue la ruptura entre el Instituto Psicoanalítico de San Francisco y Eric Berne.

Todo le sonreía a Berne. Se había graduado en una de las más prestigiosas Facultades de Medicina de Canadá, la McGill. Vivía en una de ciudades más de moda en Estados Unidos —Carmel— (y sigue siendo tan famosa como entonces; Clint Eastwood vive allí y ganó la campaña para ser Alcalde en 1986, aunque al año siguiente tuvo que dejar el cargo por sus compromisos cinematográficos); estaba casado con Dorothy, una hermosa heredera. Había publicado un *best-seller*, un manual que había popularizado el sistema freudiano, *La mente en acción*; Erik Erikson le estaba analizando didácticamente y esperaba que el Instituto Psicoanalítico de San Francisco lo aceptase pronto como miembro; y era el único psiquiatra en los Estados Unidos que tenía abierta consulta en una población de menos de 5.000 habitantes, la Carmel de entonces.

Los Jorgensen cuentan una historia que podemos enlazar con lo que antes he escrito sobre cómo Berne se comportaba como un emboscado.

Pero hay ciertas cosas que el espíritu humano no puede ocultar. Su incapacidad de ocultarse con el manto de la ortodoxia resultaba evidente a los freudianos de San Francisco. Él y su compañero de niñez, el psiquiatra Gerald Goodstone, estaban pasando su análisis didáctico al mismo tiempo. Berne preguntó a Goodstone cómo le iba con su entrenamiento. Goodstone replicó. «Bien, ¿cómo te está yendo a ti?» Eric dijo entonces: «Pienso que nunca seré miembro (del Instituto)».

Y ahora viene un aspecto muy importante e interesante: «El problema parecía residir en que, durante su análisis, Berne habría dicho a los tres analistas que le entrenaban que estaba tratando mucho de su material con la percepción extrasensorial, según Goodstone». Leyendo el artículo primero sobre la intuición, nos encontramos con que Berne afirma:

«Algunas de esas condiciones son reminiscencias de aquellas citadas por Rhine de lo que él llama la «percepción extrasensorial».

Entonces, no hay que lanzar el anzuelo muy aguas arriba para enunciar la hipótesis de que quizá fueron sus artículos sobre la intuición los que contribuyeron a que no admitiesen a Berne como miembro del Instituto Analítico de San Francisco. Eso, en el plano de la «comunicación manifiesta», pero en el de la «comunicación latente», Goodstone pensaba que ésta era una de las típicas maniobras autodestructivas de Eric, que se remontaban a las rarezas del adolescente Lennie (Eric Berne)». Y cuando Goodstone le preguntó por qué hacía eso, Berne replicó: «Así es como lo siento y así es como tengo que manejarlo». Otro amigo de Berne, el Doctor Donald Shaskan, afirmó que Berne no se daba cuenta de «lo importante que era tener tacto».

Al final, el lenguaje y el estilo que empleó en el artículo cuarto sobre la intuición no le sirvieron. Muchos nos hemos alegrado de que se apartase del Instituto Psicoanalítico de San Francisco, pues sólo así pudo crear su sistema.

... al Análisis Transaccional

Berne publicó dos artículos en 1957: *La imagen del yo* y *Estados del yo en psicoterapia*. Considero que el primero mira hacia el pasado, sobre todo para reconocer la deuda conceptual que tenía con Federn —imágenes del yo—, Silberer —símbolos del yo— y Kahn —modelos del yo—. Francisco Massó ha profundizado sobre los antecedentes del concepto de Estados del yo, y considera que es imprescindible recordar las aportaciones hechas 30 años antes del nacimiento de Berne por W. James sobre el yo observable y los estados sociales del yo; según James, cada persona dispone de tantos yoes sociales como grupos de pertenencia. Por su parte, George Mead, miembro destacado de la escuela del Interaccionismo Simbólico de Chicago, diferencia entre el «yo» y el «mi», cuyo parangón con el estado Padre y Adulto es muy notorio.

En el artículo citado, Berne ofrece una comparación que prefigura el plano del edificio que traza en el segundo artículo.

El primer colega que primero ayudó a clarificar esta situación fue un pediatra. Pronto se hizo claro que la posición profesional del psiquiatra era similar a la suya, como cuando un pediatra tiene que tratar un serio problema familiar en una cabaña de una sola habitación en medio del invierno. Dado que no puede enviar fuera de la habitación ni a la madre ni al niño, todo lo que le diga a la madre será escuchado y escudriñado por el ansiosamente alerta niño que está luchando confusamente con todas sus fuerzas por la supervivencia emocional; y todo lo que le diga al niño caerá en los oídos a la defensiva de la madre. En estas condiciones, sólo es posible mantener el control terapéutico mediante un conocimiento adecuado de la psicología tanto del individuo adulto como del individuo niño. No basta decir o hacer lo que sólo es apropiado para el niño, ya que si la madre no está segura de ello, ella se volverá cada vez más defensiva.

En la situación psiquiátrica, el adulto y el niño están contenidos dentro del mismo individuo.

La diferencia entre *La imagen del yo* y *Estados del yo en psicoterapia* es muy considerable. Algunos pueden pensar que la mente de Berne era tan prodigiosa que prácticamente creó un sistema en unos meses, dentro del mismo año 1957. Personalmente, pienso que Berne había creado las ideas fundamentales del AT años antes, pero que las mantuvo latentes para no perjudicar su intento de que le acreditaran como psicoanalista y que sólo manifestó sus ideas cuando las cosas no habían salido como él hubiera deseado.

Lo que no puedo pasar por alto es qué ocurrió en la vida de Berne después de su ruptura con el Instituto Psicoanalítico de San Francisco. Los Jorgensen cuentan que fue un golpe terrible para Berne. No sólo se había sometido a viajes semanales al área de la Bahía de San Francisco, y que había pagado más de 300 horas por su entrenamiento didáctico, sino que había restado todo ese tiempo a sus pacientes.

Su mujer, Dorothy, la madre de nuestro gran amigo Terry Berne, fue una mujer excepcional. ¿Qué es lo que nos ha transmitido Dorothy? Que Eric se lanzó a desarrollar su propio sistema. Después de jornadas agotadoras, en y fuera de Carmel, Berne trabajaba en su estudio hasta las dos de la mañana y la despertaba para leerle lo que había escrito. «Y yo no era la mejor audiencia a esa hora de la mañana». Pienso que él no estaba escribiendo su séptimo artículo —*Análisis Transaccional: Un método nuevo y efectivo de terapia de grupo*— pues ya había trazado este plano del edificio años antes y lo había ocultado, sino *Análisis Transaccional en psicoterapia*, la obra que publicó en 1961.

Leyendo a fondo la obra de los Jorgensen, creo que Henrik Ibsen, el dramaturgo moderno favorito de Freud, hubiera escrito una obra de teatro extraordinaria sobre las relaciones Dorothy-Eric. Ella era muy, muy inteligente. Se daba cuenta de los hechos mientras éstos estaban ocurriendo, no los interpretaba a toro pasado.

El último de los artículos —*La psicodinámica de la intuición*— es de 1962, y constituye una aplicación del AT a la intuición.

En estos últimos artículos, he preferido no atenerme al contenido de los mismos, sino a la intrahistoria de los mismos.

Conclusión

Empezaba este Prólogo con un pasaje de Borges. Ahora, quiero terminarlo prolongando sus comparaciones —dibujo y plano— con la filosofía que Gustavo Bueno tiene sobre la Arquitectura. Para Bueno, la obra arquitectónica se despliega en una secuencia ternaria: Construir, Habitar, Arruinar (Bueno, 2005, Pp. 457-458). Eric Berne y sus colaboradores construyeron el edificio del AT. Durante cincuenta años, lo han habitado y siguen habitando transaccionalistas de muy diferentes países. Otros han abandonado el edificio. Si nos comportásemos como estos últimos, el edificio del AT estaría en ruinas. Ahora bien, a partir de las ruinas es posible reconstruir el edificio.

Esfuerzos como los que realizan transaccionalistas de todo el mundo, reeditando artículos y libros buenísimos, aunque descatalogados, me confirman en la idea de que el AT no es sólo una colección de signos fijos, como la mayoría de los de la circulación, sino una fuente de señales, como un semáforo, o como la cara de cualquier persona. La vida misma.

Felicísimo Valbuena de la Fuente
Catedrático
Facultad de Ciencias de la Información
Universidad Complutense
Madrid.

Referencias bibliográficas

- Ackoff, R. L. y Emery, Fred (1972) *On purposeful systems*. Chicago, Aldine-Atherton.
- Alonso Schöckel, Luis (1995). *El estilo literario*. Bilbao, Ega-Mensajero.
- (1995) *La Biblia del peregrino*. Bilbao, Ega-Mensajero
- (1946) *La formación del estilo*. Santander, Sal Térrea
- Borges, Jorge Luis, en Ferrari, Osvaldo (1992): *Diálogos*. Barcelona, Seix-Barral.
- Bueno, Gustavo (1992-1993): *Teoría del cierre categorial* (5 tomos). Oviedo, Pentalfa.
- (1995) *¿Qué es Filosofía?* Oviedo, Pentalfa.
- Jorgensen, Elisabeth Watkins y Jorgensen, Henry Irving (1984). *Eric Berne, master gamesman*. Nueva York, Grove Press.
- Steere, David A. (1982) *Body movements in psychotherapy*. Nueva York, Brunner/Mazel.
- Valbuena de la Fuente, Felicísimo: *Eric Berne, teórico de la Comunicación*. Madrid, Edipo.

1. LA NATURALEZA DE LA INTUICIÓN*

Publicado el año 1949 en el n° 23 de The Psychiatric Quarterly, Págs. 203 a 226.

En condiciones favorables la mayoría de los seres humanos, si no todos, y particularmente los especialistas en ciencia y comercio, hacen juicios sobre asuntos cotidianos en sus campos a través de procesos que ordinariamente no pueden explicar. Forman sus juicios sobre la realidad, probablemente, integrando una serie de procesos cognitivos (v. Bergson, 1944). Para investigar, uno puede separar en segmentos artificiales esta serie posiblemente continua. Las circunstancias parecen determinar qué segmento de la serie contribuye más a la percepción verbalizada.

En primer lugar, los juicios se pueden hacer mediante la lógica y la percepción dirigida activamente y verbalizada: v.gr., el diagnóstico clínico de la esquizofrenia tal como lo hace un grupo de estudiantes de medicina. Éste es un proceso consciente.

En segundo lugar, tales juicios pueden hacerse a través de procesos no verbalizados y observaciones basadas en conocimiento previamente formulado que ha llegado a integrarse

* Traducción de Agustín Devós Cerezo. Esta traducción se basa en una que encontré en Internet hace años. Sobre ésta, y con la ayuda de Felicísimo Valbuena, he revisado, corregido y depurado el texto hasta la versión que presento. No contenía ninguna referencia al traductor ni existe ya la página, por lo que no he podido localizar a esa persona. Lamento no poder reconocer aquí la labor previa realizada. (N. del T.).

en la personalidad mediante un uso prolongado y que por lo tanto funciona debajo del nivel de consciencia: como el acto de atar un cordón de zapato debemos aprenderlas por pasos pensados conscientemente, pero luego se realizan «automáticamente» porque la imagen cinestésica ha llegado a estar integrada en la personalidad a tal grado que el conocimiento consciente de cómo se hace ya no es necesario. Esto puede denominarse un proceso «secundariamente subconsciente» (v. «represión apropiada» o «post-expulsión», Freud). El diagnóstico de esquizofrenia como lo hace un especialista se puede basar en tales procesos e indicios sensoriales, que, habiendo sido verbalizados en algún momento, son percibidos e integrados en un período posterior bajo el umbral de la consciencia (subconscientemente^{*}). Puede hacer el diagnóstico a ojo y quizá sólo posteriormente verbalizar sus procesos mentales para sus estudiantes. El grupo de estudiantes hace el diagnóstico por un proceso sintético consciente, mientras el especialista puede hacerlo por un proceso intuitivo que él es capaz de analizar después.

En tercer lugar, los juicios pueden hacerse con la ayuda de indicios cuya formulación todavía no ha llegado a ser o puede que nunca llegue a ser consciente, pero que no obstante están basados en impresiones sensoriales, incluido el olfato (v. «represión primaria», Freud). Esto puede llamarse un proceso «subconsciente primario». El adivinador de peso profesional utiliza continuamente este proceso intuitivo. Sus conjeturas misteriosamente certeras se basan en datos sensoriales que no puede analizar o verbalizar adecuadamente, igual que el pintor puede transmitir misteriosamente la edad y vicisitudes de su sujeto a través de su medio no verbal. El presente estudio está relacionado principalmente con ese tipo de intuición, y las observaciones del autor muestran que tales intuiciones son sintetizadas a partir de elementos sensoriales dife-

* Éste es un uso legítimo de una palabra que mucha gente prefiere evitar. Aquí es adecuado puesto que incluye preconsciente e inconsciente.

renciados («percepciones subliminales»), cuya percepción y síntesis tienen lugar por debajo del umbral de la consciencia. Freud menciona percepciones análogas como formando parte del «residuo del día» en los sueños.

En cuarto lugar, los juicios pueden hacerse de maneras que son del todo inexplicables con lo que sabemos al presente en relación con las percepciones sensoriales.

El primer método es evidentemente una función del sistema perceptivo consciente. El segundo y tercer métodos son probablemente funciones de los sistemas preconcientes, puesto que podemos analizarlos conscientemente con relativa facilidad, y por su analogía con el uso de material preconciente en los sueños. Los indicios son que el cuarto método es una función de los sistemas inconscientes (v. Eisenbud, 1946).

Es probable que los juicios, de cualquier grado sobre otra gente, sean en la mayoría de los casos, si no en todos, una función de la totalidad de las series epistemológicas y rara vez, si es que alguna, el resultado de sólo uno de esos segmentos artificiales. Puesto que esta discusión está relacionada principalmente con el tercer método, a pesar de denominarla «primariamente subconsciente», debemos precisar que varios autores han expresado opiniones valiosas que pueden ayudar a diferenciar el uso de tales procesos cuando elaboramos juicios sobre la gente.

Existe una clase de «presentimientos» en la vida diaria y de juicios en la práctica clínica que aparentemente carecen de una base específica en la experiencia consciente o preconciente, y que probablemente sean aquí pertinentes. Tales son las experiencias de «escuchar con el tercer oído» que describió T. Reik (1948). Puesto que podemos arrojar muy poca luz sobre sus mecanismos, simplemente las denominaremos «presentimientos». E. J. Kempf (1921, Pág. 23), un poco como Darwin, habló de comprender los estados emocionales de otros por «imitación refleja a través de similares tensiones musculares breves», y aseveró que por esta señal «en cierto sentido pensamos con nuestros músculos». Este método de

juicio puede denominarse «intuición a través de experiencia subjetiva» (propiocepción). Un método similar puede ser clínicamente útil para interpretar los test de caligrafía, el Gestalt-Bender y algún material de los tests de Rorschach. Esto es un poco diferente del tipo de juicio intuitivo basado en la experiencia clínica intensiva, tal como hemos citado en el caso de los adivinadores de peso y que ampliaremos aquí con material clínico posterior. En la terminología de Jung (1946, Págs. 567-569), las intuiciones del último tipo son «objetivas» y «concretas». Tales intuiciones pueden denominarse «intuiciones mediante la experiencia objetiva».

Muchos autores han descrito otros tipos de «intuición» bajo ese nombre (Poincaré, 1948) o algo similar, tales como «inspiración» (Kris, 1939), «*insight*» (Hutchinson, 1939), etc. Por otra parte, muchos de los magníficos edificios de filósofos como Kant, Descartes y Locke, usan el concepto de intuición como uno de sus ladrillos para la construcción. Si aquí nosotros aspiramos sólo a considerar lo que es comúnmente llamado «intuición clínica», evitamos los riesgos que corrieron quienes trataron de escalar los muros de la filosofía. K. W. Wild (1938) ha discutido los aspectos filosóficos.

Para el propósito presente sólo es necesario definir la intuición de modo suficiente para separarla de sus vecinos más cercanos. Una definición pragmática, basada en la experiencia clínica, se puede establecer como sigue:

Intuición es conocimiento basado en la experiencia y adquirido a través del contacto sensorial con el sujeto, sin que el «intuidor»* sea capaz de formularse a sí mismo o a otros cómo llegó exactamente a sus conclusiones. O, en terminología psicológica, es conocimiento basado en la experiencia y adquirido por medio de funciones preverbales inconscientes o

* El autor usa «*intuïten*», neologismo que repite a lo largo de toda la obra, para definir a quien intuye. Quizá la traducción correcta fuera el vocablo «intuitivo», pero he preferido mantener el carácter de neologismo que Berne emplea. (N.del E.).

preconscientes, a través del contacto sensorial con el sujeto. Esto se aproxima a la definición de Jung (*ibid.*), quien dice que intuición «es aquella función psicológica que transmite percepciones de un modo inconsciente». Esta es casi la definición del diccionario: «la percepción rápida de la verdad sin atención o razonamiento consciente» (Funk y Wagnalls).

Este concepto de intuición clínica implica que el individuo puede saber algo sin saber cómo lo sabe. («Aquella vaca alejada está enferma»). Si puede formular correctamente los fundamentos para sus conclusiones, decimos que ellas están basadas en pensamiento lógico («Esta vaca está enferma porque...») y en observación activamente dirigida («Obviamente ésta es la enferma»). Si su conclusión parece estar basada en algo distinto del contacto sensorial directo o indirecto con el sujeto («En algún lugar una vaca está enferma»), entonces no podemos sino recordar lo que J. B. Rhine denomina «percepción extra-sensorial» (1937).

Después de pensarlo cuidadosamente, necesitaremos agregar un corolario interesante a esta definición. No sólo que el individuo desconozca cómo sabe algo; puede que ni siquiera sepa qué es lo que sabe, pero procede o reacciona de una manera específica como si (*als ob*) sus acciones o reacciones estuvieran basadas en algo que él sabía.

El problema de la intuición está relacionado con una pregunta general que podemos formular así:

¿A partir de qué datos los seres humanos forman sus juicios sobre la realidad?

(Por *juicio* entendemos una imagen de la realidad que afecta el comportamiento y los sentimientos hacia la realidad. Una *imagen* se forma integrando impresiones sensoriales y de otro tipo, unas con otras y con tensiones interiores basadas en necesidades presentes y experiencias pasadas. Por *realidad* queremos decir las potencialidades para la interacción de todos los sistemas energéticos en el universo; esto implica el pasado).

Considerando el asunto especial del que nos ocupamos aquí, el material «primariamente subconsciente» que forma las

bases para los juicios sobre la realidad externa, Reik (*ibid*) ha hecho algunas formulaciones con las que concuerdan las presentes conclusiones basadas en material experimental clínico. Esto es tremendamente impresionante ya que a tales conclusiones se llegó independientemente después que se hicieron observaciones pertinentes, durante: 1) Pruebas para intuir una clase específica de característica o atributo en varios miles de casos. 2) Pruebas para intuir en casos sueltos cuanto sea posible.

Cosa curiosa, entre los filósofos, el hombre cuyas ideas llegan más cerca de estas conclusiones es uno de los más antiguos. Fue Aristóteles quien describió lo que se ha llamado «inducción intuitiva» como la que se basa en la habilidad del organismo, primero para experimentar percepciones sensoriales; en un nivel más alto de organización, para conservar percepciones sensoriales; y a un nivel aún más alto, para sistematizar tales recuerdos. «Concluimos que esos estados de conocimiento no son ni innatos de una forma determinante, ni desarrollados a partir de otros estados mayores de conocimiento, sino a partir de la percepción de las sensaciones. Esto es como detener una desbandada en batalla, primero por un hombre que se para y resiste y luego otro y otro, hasta que la formación original ha sido restaurada» (de Cohen y Nagel, 1934). También es evidente cuán cercanamente están relacionadas las observaciones de Aristóteles con las similitudes entre los fenómenos neurofisiológicos y el funcionamiento de máquinas calculadoras que es parte del objeto de la cibernética, según N. Wiener (1948a).

El material clínico tiene especial relación con un aspecto de este asunto: a saber, ¿a partir de qué datos distintos de las conclusiones racionales e impresiones sensoriales percibidas conscientemente forman los seres humanos sus juicios acerca de la realidad exterior? («Impresiones sensoriales percibidas conscientemente» son aquellas que pueden ser fácilmente verbalizadas, en contraste con las «percepciones subconscientes» (Hinsie y Shatzky, 1945) y las «claves subliminales» de la psicología moderna).

MATERIAL CLÍNICO

Estas observaciones fueron hechas en un centro de selección del ejército en la última parte de 1945. Una parte del procesamiento consistió en un examen médico llevado a cabo al estilo de una cadena de ensamblaje. Cada soldado recorría una fila de cabinas, en cada cabina un médico examinaba ciertos sistemas orgánicos y anotaba los resultados en los sitios apropiados de una plantilla impresa. El autor estaba en una cabina al final de la fila. El tiempo disponible para el «examen psiquiátrico» varió en diferentes días de 40 a 90 segundos. Cerca de 25.000 soldados hicieron el recorrido en menos de cuatro meses. Durante este período se hicieron diferentes estudios y, al final, disponía de cerca de 10.000 casos para estudiar el proceso intuitivo.

El autor no formuló el estudio premeditadamente. Llegó a interesarse gradualmente en la naturaleza del proceso que, con la práctica, lo capacitó para detectar y distinguir cuidadosamente algunas categorías de seres humanos tras 10 ó 20 segundos de inspección.

Todos los hombres vestían las mismas ropas, una bata de color castaño y un par de pantuflas de paño. El examinador se sentaba detrás de un escritorio, frente a la puerta de la cabina. Después que un soldado era «examinado», se llenaba la casilla apropiada en la plantilla, y se convocaba al siguiente candidato llamando «¡Siguiente!». Cuando un soldado salía, el siguiente pasaba, y sin instrucción alguna, caminaba hacia una silla al lado del escritorio a la derecha del examinador y tomaba asiento. Algunos soldados conservaban sus papeles en sus manos y algunos los entregaban al examinador. Se repasaban esas plantillas después de que la entrevista había terminado. No era necesario conocer los nombres de los soldados.

El «examen» consistía en dos preguntas rutinarias que se hacían después de unos pocos momentos de inspección: «¿Está Ud. nervioso?» y «¿Alguna vez ha ido a un psiquiatra?». En principio, eso era todo, a menos que hubiera indicaciones especiales. Durante este período preliminar, el autor

hizo un ensayo para predecir a partir de la observación silenciosa del soldado cómo respondería cada hombre las dos preguntas rutinarias en esa situación particular. Halló que esto podía hacerse con sorprendente exactitud. Entonces surgió la cuestión de cómo había hecho esas predicciones, puesto que esto no era inmediatamente evidente. Después de un estudio cuidadoso, respondió la pregunta: «¿Cómo se hacen tales juicios intuitivos, y sobre qué se basan?», en parte por los factores relacionados.

Sin embargo, parecía evidente que la formulación no había tenido un éxito completo, pues el porcentaje de tales predicciones correctas se mantuvo más alto cuando se permitía que el proceso intuitivo funcionara sin interferencia consciente que cuando intentaba los juicios basándose en la utilización deliberada de los criterios que había verbalizado. Llegó a la conclusión de que no había formulado todos los criterios usados en el proceso intuitivo. Sin embargo aquí no se emprenderá una discusión sobre la naturaleza de esos criterios particulares y sus implicaciones psicodinámicas y psiquiátricas.

Cuando se encontró de este modo casi por accidente que el proceso intuitivo podía ser estudiado en aquella situación particular, emprendió un experimento más formal. Hizo un intento para conjeturar, observando al soldado durante unos pocos segundos, cuál había sido la ocupación de cada hombre en la vida civil y después formular los datos sobre los que basaba las conjeturas. Durante este experimento, también realizó las intuiciones relativas a las respuestas rutinarias sobre nerviosismo prácticamente sin esfuerzo adicional, y continuaron siendo útiles para detectar respuestas falsas negativas. Esto significa que dos campos de intuición estaban activados al mismo tiempo. Afortunadamente, entonces, el experimento no interfirió con la obligación de hacer la mejor evaluación psiquiátrica posible de cada hombre en el tiempo disponible; y, fui informado posteriormente, ello agregó interés y espíritu a la experiencia rutinaria del examen de cada hombre. Puesto que el ejército no establecía el centro para

establecer la psicología experimental, no me fue posible ningún otro control de los resultados que por los soldados individuales que pasaron por la experiencia, excepto en ocasiones durante un período más tranquilo cuando algún oficial médico de una cabina vecina se dejaba caer.

Durante el examen, los soldados estaban bajo tensión emocional relacionada con un objetivo único; a saber, evadirse del ejército tan pronto como fuera posible, pues ellos creían que los doctores podrían frustrar ese deseo. Esta tensión era particularmente alta cuando entraban en la cabina de psiquiatría, a causa de la naturaleza particularmente imponderable (en sus mentes) de su función. La entrevista era una crisis «de examen» emocionalmente cargada y no una situación artificial de laboratorio. Esto era acentuado en ese entorno por el hecho de que los soldados estaban desvestidos y eran soldados rasos, mientras el examinador estaba completamente vestido y era un oficial. Cuando comenzaban a participar en la situación, cada uno se encontraba con una mirada neutral pero inmutable y con «observación» silenciosa y obvia, de manera que sólo unos pocos, si acaso alguno de ellos, podría haberla experimentado antes. Así, para la mayoría de ellos ésta era una situación imponderable, cargada de ansiedad y nueva.

Puesto que no mantuve regularmente la escritura de los protocolos, los datos numéricos están disponibles sólo para una pequeña muestra del estudio. Durante 17 días diferentes, las conjeturas o su ausencia fueron registradas para segmentos «no escogidos» de la agrupación, comprendiendo en total 391 casos. En 84 de esos casos, no intenté conjeturar la ocupación, ya que no obtuve una impresión clara por inspección. En el resto de los 307 casos hice y registré las conjeturas. De ese total, 168, o el 55 por ciento, fue correcto, y 139, o el 45 por ciento, fue incorrecto.

Durante otros días, cuando estaban operando distracciones intrínsecas (en cuanto opuestas a estímulos externos), como el día en que el centro de selección fue desactivado, sólo hice cerca de un cuarto de las conjeturas correctas res-

pecto a los días en los que la intuición estaba operando, libre de interferencias emocionales relevantes: v.gr., 14 por ciento de conjeturas correctas comparadas con el 55 por ciento. Por lo general ocurría una caída similar en la exactitud cuando me fatigaba si intentaba más de 50 conjeturas sucesivas. Cuando comenzó el estudio noté que existía un «período de aprendizaje» de cerca de dos semanas, durante el que incrementé gradualmente la fiabilidad del proceso intuitivo, después del cual no pude demostrar un incremento posterior significativo.

Registré esta materia durante un período de 47 días, intercalando otros estudios. Lo que sigue es la primera mitad de un registro estadísticamente típico presentado verbalmente. (Discutiré más tarde las notas especiales, incluyendo aquellas referentes a «la señal del ojo»).

A través del estudio, como está ejemplificado, intenté continuamente verbalizar las bases de los juicios. Siempre que verbalicé satisfactoriamente un criterio lo comprobé en varios cientos de casos. Hallé de nuevo, como en el caso de diagnóstico de «comportamiento neurótico» en el período preliminar, que la confiabilidad en tales criterios formulados produjo resultados menos dignos de confianza que la intuición. Cada vez que agregaba un nuevo criterio a la formulación el porcentaje de aciertos subía, pero nunca alcancé el nivel que había logrado utilizando la intuición durante «períodos intuitivos».

Las ocupaciones que estudié más estrechamente fueron «granjeros» y «mecánicos». Esos fueron los dos grupos con los que el examinador llegó a ser más perito en el diagnóstico. De las series de 307 conjeturas que registré, 58 de entre 79 conjeturas de «granjero», o 74 por ciento, fueron correctas, mientras 14 granjeros existentes, o 20 por ciento de su total, las asigné incorrectamente; y 17 de entre 32 conjeturas de «mecánico», o 53 por ciento, fueron correctas, con 10 mecánicos existentes, o 37 por ciento de su total, incorrectamente asignados. Durante el curso completo del experimento, registrado y no registrado, que incluyó una estimación de 2000

casos, alrededor de 50 casos por día durante cerca de seis semanas, los porcentajes de granjeros y mecánicos que reconocí correctamente fueron altos. El estudio de la intuición en relación con esos dos grupos ocupacionales reveló algunas de las propiedades del proceso. Gradualmente emergieron las siguientes formulaciones, a medida que estudié las bases de cada juicio por separado.

PROTOCOLO N° 1

7 de Noviembre de 1945

<i>Conjetura</i>	<i>Indagación</i>	<i>Notas</i>
1. Camión o fábrica	Camión o fábrica	(Bajo, alerta, fornido)
2. Abogado o pequeño almacenista	Abogado	
3. Granjero	Granjero	(Señal del ojo presente)
4. Maquinista o camionero	Camionero	
5. Granjero	Lechero	(Tenía la complexión pero no la señal del ojo, y yo dudé)
6. No conjeturé	Hombre de hacienda y estable de ganado.	
7. No conjeturé	Chapista, soldadura, etc.	
8. Algo que ver con automóviles	Camionero	
9. Camionero	Camionero	(Algo relacionado con la boca y la manera en que apoyaba las manos; ¿o las muñecas?)

10. Granjero	Granjero	(Señal del ojo)
11. Mecánico	Mecánico y carpintero	(Esto es, «usa las manos»)
12. Ventas u oficina	Granja o fábrica	(Voz indecisa suave; estado de ansiedad, moderado)
13. Contratista	Maestro de escuela	(Dirige, es decir, manda a la gente)
14. No conjeturé	Taller de acero	
15. Campos petroleros	Granjero	(Reexaminé la señal del ojo y fue positiva)
16. Criado en una granja, trabajó posteriormente en una fábrica	Criado en una granja, trabajó en una fábrica posteriormente	(Señal del ojo modificada)
17. Criado en una granja, trabajó en una gran ciudad	Criado en granja, trabajó en una gran ciudad como fontanero y mecánico	
18. Camionero	Camionero en el ejército, en su vida civil fue sepulturero en el cementerio	
19. No sé, probablemente un mecánico	Talador. Camionero en el ejército	
20. No conjeturé	Camionero	
21. Granjero	Camionero, pueblo pequeño	(Señal del ojo demasiado rápida para ser granjero)

1. Ciertos hombres, cuando se encontraban con la mirada neutral del examinador, desviaban sus ojos a la izquierda y fijaban la mirada más allá de la ventana. El examinador llegó a llamar a esto mentalmente la «señal del ojo de granjero». Sin embargo, percibió que ésta no era la historia completa y que estaba ignorando algo; que los resultados intuitivos estaban basados sobre algo más que estaba observando y que no incluyó en esta verbalización.

2. Esta sensación incómoda fue confirmada porque, cuando se suspendió la intuición y aplicó conscientemente este criterio de «señal del ojo», hubo muchos más errores al determinar el oficio. Un estudio de esos errores condujo a refinar y reformular el criterio. El autor encontró que la «señal del ojo de granjero» verdadera, que fue, con pocas excepciones, peculiar de los granjeros en la situación dada: 1) ocurría sólo en individuos cuyos rostros se congelaron unos pocos segundos después en una expresión impasible; y 2) consistía en un tipo especial de desvío de la mirada a la izquierda, en concreto, uno lento y carente de expresión. En miembros de este grupo ocupacional no se vio mucho un desvío rápido o una expresión de alerta.

Esto lo noté en el Caso 21, cuando conjeturé erróneamente que era «granjero». El hombre dijo que su ocupación regular era conductor de camión, y entonces anoté: «Señal del ojo demasiado rápida para ser granjero». En el Caso 15, «campos petroleros» fue la conjetura, pero el hombre dijo que era un granjero. Entonces lo reexaminé en busca de la señal del ojo del granjero y la encontré. En el Caso nº 16, la conjetura fue «criado en una granja, trabajó posteriormente en una fábrica»; y anoté que la señal del ojo del granjero estaba presente de una forma modificada. No verbalicé la naturaleza de este tipo de modificación que aparecía con frecuencia.

3. Puesto que refinar en la observación activa de la señal del ojo del granjero todavía reflejaba un nivel más bajo de aciertos que los obtenidos empleando la «intuición» investigué otros factores definibles objetivamente. Comencé a tomar nota consciente de la complejión, lo que no había hecho

antes. Ésta demostró no ser de fiar por sí misma, pero correlacionada reflexivamente con la señal del ojo, ayudó en una buena cantidad de casos, y disminuyó los errores negativos (P. ej. conjeturar alguna otra cosa para un granjero); pero no disminuyó los errores positivos (P. ej. conjeturar «granjero» en el caso de otras ocupaciones, como en el caso 5). (Este resultado tiene implicaciones que no son suficientemente importantes o bien fundamentadas con la evidencia en la mano como para garantizar la discusión). Puesto que no dirigí conscientemente mi atención a las manos a menos que el soldado estuviera desconcertado de algún modo, como en el Caso 9, desconozco el alcance de la influencia diagnóstica en esta situación (v. F. Ronchese, 1945).

En el caso de los mecánicos, la verbalización que gradualmente tomó forma fue como sigue:

Ciertos hombres, cuando se encontraban con la mirada del examinador, miraban directo a sus ojos con una expresión de curiosidad vivaz, pero sin desafío. (A causa del «desafío», la conjetura por la señal del ojo no tuvo éxito con oficiales, y la señal se encontró aplicable sólo a hombres reclutados en esta situación particular*). Este grupo generalmente demostró ser de mecánicos. Donde estuvo presente una «señal del ojo de mecánico» positiva pero el hombre dijo que no era mecánico, pertenecía en muchos casos a un ramo relacionado, tal como técnico en radios. Esta observación tiene su propia significación, que puedo discutir posteriormente.

Los hombres de otros grupos de oficios manifestaron una variedad de movimientos de ojo que no parecieron estar específicamente correlacionados con sus ocupaciones.

El diagnóstico de «camionero» fue correcto en 22 de los 36 casos registrados, o 61 por ciento. Pasé por alto 11 de los 307 casos registrados. En relación con esta ocupación intenté verbalizarla (como en el caso 9), pero no tuve éxito. Lo mis-

* Tras esto pasó mucho tiempo antes de que se me ocurriera que el propio «desafío» constituía una «señal del ojo del oficial» en la situación dada.

mo puedo decir de los trabajadores de la construcción, a los que frecuentemente identifiqué con éxito. Observé que con frecuencia eran de físico mesomórfico, o atlético-pícnico combinado, pero no pude verbalizar más indicios.

Algunas de las conjeturas individuales fueron interesantes, por cuanto en unos pocos casos intuí otros factores diferentes de la ocupación. Mantuve una actitud mental pasiva, orientada hacia la «ocupación», pero en ocasiones ocurría que un hombre tenía una impresión tan fuerte relativa a algún otro factor que eclipsó la «ocupación». Esto ocurrió frecuentemente en el caso de neoyorquinos, quienes, silenciosos en sus batas de baño, algunas veces tenían una impresión tan fuerte de ser, sobre todo, neoyorquinos, que otras intuiciones parecían estar en la penumbra. Entre los 25.000 hombres hubo un jugador profesional de póquer y lo identifiqué con éxito*. Designé a los vendedores con considerable regularidad, pero sólo después de que ellos hubieran hablado, y las notas en tales casos son reveladoras; por ejemplo: «Voz profunda, buena animación; un conversador». «Buen conversador; además ellos hablan más que los otros, en lugar de simplemente 'sí' o 'no'». El criterio verbalizado en el caso de los vendedores fue: «Si parece 'amar' su voz, es mas probable que sea un vendedor. Su voz es importante para él como un instrumento para habérselas con la realidad». Esta verbalización tiene implicaciones psicodinámicas interesantes.

Esta observación en el caso de los vendedores, y la consideración adicional de la presencia de «señales del ojo» en granjeros y mecánicos, condujo gradualmente a una nueva y aún sobrecogedora línea de pensamiento que fue útil en el intento de comprender los procesos intuitivos. Finalmente encontré que en efecto no eran en absoluto las ocupaciones las que estaban siendo juzgadas, sino las actitudes hacia los

* Creo oportuno reseñar que el autor era muy aficionado al póquer, juego en el que era un claro ganador y que, según él mismo cuenta, le financiaba las vacaciones. Quizá eso le ayudo a identificar al jugador. (N. del E.).

problemas de la realidad. Entendí que la señal positiva del ojo del granjero no significaba «granjero», sino «alguien que espera impasible ante una situación imponderable»; mientras la señal positiva del ojo del mecánico no significaba «mecánico», sino «alguien que tiene curiosidad por conocer qué pasará a continuación y qué cosas se llevarán a cabo». Esto daba cuenta de la naturaleza de alguno de los errores, como en la conjetura «mecánico» en el caso de un técnico de radio. La cuestión de qué herencia, cuáles experiencias, y qué constelaciones instintivas condicionaban esas señales del ojo, está más allá del alcance de este artículo.

Ahora uno puede pasar de las intuiciones basadas en la manera en que el individuo encara una situación de la realidad presente novedosa y cargada de ansiedad hacia aquellas que tenían otra base y trataban con otros aspectos de la personalidad individual. A partir de un conjunto de casos podemos seleccionar unos pocos que son particularmente pertinentes para la situación actual. Éstos revelan hasta que punto el sujeto puede comunicar información que relaciona elementos con los que el intuidor no tiene contacto directo.

PROTOCOLO N° 2

Durante los recorridos de servicio nocturno en varios hospitales del ejército, el autor adoptó la costumbre de pasar tiempo con los pacientes en las salas siempre que se ofrecía la oportunidad. Una tarde al entrar en una sala con la que estaba poco familiarizado, encontré sentado en la oficina a un paciente que me era desconocido. Sabiendo que él no debería haber estado allí, salió disculpándose; pero yo sentí que era un individuo interesante e inteligente y le sugerí que se quedara. Después de este breve intercambio de cortesías y unos pocos momentos de contemplación me aventuré a conjeturar, correctamente, la ciudad donde nació y la edad en la que él había dejado el hogar. Entonces la conversación prosiguió de la siguiente manera:

Caso 1.

Q. Yo creo que su madre lo «decepcionó».

A. Oh no, señor, yo amo mucho a mi madre.

Q. ¿Dónde está ella ahora?

A. Ella está en casa. Ella no está bien.

Q. ¿Cuánto tiempo ha estado ella enferma?

A. La mayor parte de su vida. Yo he estado cuidando de ella desde que era un muchacho.

Q. ¿Cuál era su problema?

A. Ella siempre ha sido nerviosa. Una semi-inválida.

Q. Entonces en ese sentido, ella lo «decepcionó», ¿no cree Ud.? Desde sus primeros años, ella ha tomado apoyo emocional de Ud. en lugar de dárselo.

A. Sí, señor, eso es correcto, sin duda.

En este punto, entró en la oficina otro hombre que me era extraño y le invité a tomar asiento. Se sentó en el suelo con su espalda contra la pared y no dijo nada, pero escuchaba con gran interés.

Q. (Al primer hombre). Me da la impresión de que su padre fue ineficaz desde el momento en que Ud. tenía alrededor de los nueve años.

A. Era un borracho. Creo que cuando yo tenía unos nueve o diez años comenzó a beber mucho más.

Caso 2.

Después de oír un poco más tales intercambios, el segundo hombre solicitó que le dijera algo sobre sí mismo.

Q. Bien, yo creo que su padre fue muy estricto con Ud. Tenía que ayudarlo en la granja. Nunca fue a pescar o cazar con él. Ud. tuvo que criarse por sí mismo, con un montón de compañeros rufianes.

A. Eso es cierto.

Q. Él comenzó a amedrentarlo de mala manera cuando Ud. tenía unos siete años de edad.

A. Bueno, mi mamá murió cuando yo tenía seis, si eso tiene algo que ver con esto.

Q. ¿Estaba Ud. muy apegado a ella?

A. Lo estaba.

Q. Entonces, ¿ella murió dejándole a Ud. más o menos a merced de su padre?

A. Supongo que así fue.

Q. Ud. hace enojar a su esposa.

A. Supongo que lo hacía. Estamos divorciados.

Esto me pilló por sorpresa. Después de un momento proseguimos:

Q. Ella tenía alrededor de dieciséis y medio cuando Ud. se casó con ella.

A. Eso es cierto.

Q. Y Ud. tenía alrededor de diecinueve y medio cuando se casó con ella.

A. Es cierto.

Q. ¿He acertado sus edades con un margen de seis meses?

A. (Pausa). De dos meses.

Q. Bien, jóvenes, hasta aquí puedo llegar.

A. ¿Podría Ud. tratar de adivinar mi edad?

Q. No creo, esta noche no tengo chispa para adivinar edades. Creo que he terminado.

A. Bien, inténtelo señor.

Q. No creo que lo logre, pero lo intentaré. Ud. nació un 24 de Septiembre.

A. Yo nací un 30 de Octubre.

Q. Bien, eso es todo.

Como una semana más tarde, esos hombres, con su consentimiento, aparecieron en un estudio clínico concebido para demostrar cómo las aventuras emocionales tempranas del individuo dejaban sus huellas no sólo en su personalidad posterior, sino también en su conjunto muscular, especialmente sobre su rostro. En esa ocasión tuve una oportunidad de aprender sus nombres y leer su historial de caso. Algún tiempo después encontré a uno de los hombres en la vida civil, en cuyo encuentro reconfirmé algunas de las deducciones intuitivas. Más allá de las situaciones artificiales de la vida en el ejército, aún somos buenos amigos.

8. INTUICION VI. LAS PSICODINÁMICAS DE LA INTUICIÓN*

Publicado el año 1962 en el n° 36 de The Psychiatric Quarterly, Págs. 294 a 300.

En anteriores publicaciones mías, he discutido varios aspectos de la intuición clínica: la intuición de factores sociales tales como la ocupación, la intuición en el diagnóstico, el problema de las comunicaciones latentes, las intuiciones referentes a los esfuerzos instintivos y las intuiciones referentes al estado del yo del paciente. La cuestión última sobre cómo podemos cultivar la intuición, controlarla y activarla a voluntad todavía permanece sin contestar y puede continuar en el área de la especulación metafísica durante algunas décadas e incluso siglos. Mientras tanto, la observación terapéutica proporciona algunos indicios, al menos sobre las condiciones bajo las cuales esta facultad parece más dispuesta a funcionar eficazmente. En el primer artículo de esta serie señalaba algunas de las condiciones externas. Este artículo tratará de la psicodinámica de la intuición; es decir, de las condiciones internas que promueven o interfieren el funcionamiento del proceso intuitivo.

El término «individuo intuitivo» tal como lo utilizamos aquí no se refiere al «tipo intuitivo» de la psicología de Jung, sino al clínico que deliberadamente utiliza sus facultades intuitivas cuando es deseable en su trabajo diagnóstico y terapéutico. Descriptivamente, tal terapeuta es curioso, despierto,

* Traducción de Eva Aladro Vico.

interesado y receptivo hacia las comunicaciones latentes y manifiestas de sus pacientes. Genéticamente, estas actitudes son derivados bien sublimados de la escopofilia, vigilancia, atención y receptividad oral. Ganancias secundarias pueden influir en activar ese estado mental en los profanos: atención en el socialmente inseguro, beneficio financiero en estafadores y ansia de poder en líderes de hombres y seductores de mujeres. Estas ganancias están conectadas con el exhibicionismo genital, las artimañas anales y con el sadismo oral, respectivamente. Así, es posible utilizar las intuiciones como instrumento para conseguir satisfacción en cualquier nivel de desarrollo psicosexual. Me refiero únicamente a intuiciones propiamente dichas, esto es, intuiciones sobre la gente y no a sospechas sobre acontecimientos. Quizá el ejemplo más común es la habilidad de los homosexuales para descubrir a otros rápidamente. En el mismo ámbito está la perceptividad del terapeuta que sabe intuitivamente que un americano adulto de cualquiera de los sexos que usa la palabra «*madcap*» (cabeza hueca, disparatado, descabellado) es probablemente homosexual.

El clínico que se asusta de su propia escopofilia, de su necesidad de estar alerta o de su propia receptividad oral, es probable que también reprima o suprima sus propias facultades intuitivas, o incluso critique o ridiculice a otros que se encuentren más a gusto con ellas. Al contrario, si el individuo abusa de su intuición con el propósito de ganancias secundarias, si está demasiado ansioso de poder, beneficio o atención, las facultades intuitivas pueden fallarle. Si está demasiado deseoso de ser exhibicionista o sádico se sobre-explotará él mismo y de hecho esterilizará a la gallina de los huevos de oro. Entre estos dos extremos, el individuo intuitivo para tener un éxito constante, debe ser una persona equilibrada. No obstante, es bastante curioso que un sentimiento de omnipotencia u omnisciencia no parece interferir en el ejercicio de la intuición, aunque puede causar dificultades interpersonales y es mejor frenarlo.

Existen pocas dudas de que la intuición es una facultad arcaica. Es bien sabido que el pensamiento «lógico» interfiere en su eficacia y distorsiona sus mensajes. Ferenczi señaló una vez que la educación es no sólo la adquisición de nuevas facultades sino también olvidar otras que, de no ser olvidadas, serían consideradas «supernormales». La intuición no parece ser «supernormal», pero ciertamente es algo que la educación moderna no tiende a estimular. Ingenieros y psicólogos están entre los individuos más altamente educados en la sociedad moderna y a la vez tienen, hablando en general, la mayor resistencia contra el conocimiento intuitivo. El psicólogo que desee dedicarse al trabajo terapéutico está obligado a resucitar esta facultad perdida si es quiere tener éxito y, por esta razón frecuentemente sus colegas más académicos lo descalifican. No es tan conocido que el pensamiento «ético» también interfiere en la intuición, un aspecto que ilustraré en breve.

Aunque la intuición tiene la característica de un proceso arcaico, revelando su perspicacia más fácilmente cuando las facultades neopsíquicas están en descanso, como en el estado hipnogógico, no podemos considerarla como una manifestación del ello ya que, según Freud, el ello es simplemente un «caos, un caldero de emociones en ebullición», sin organización (1933, Pág. 104) ni relaciones directas con el mundo externo (1949, Pág. 108). La terminología estructural freudiana lo cataloga de manera más conveniente como una facultad del yo arcaico. Sin embargo, lo podemos entender mejor en un armazón estructural ligeramente diferente en el que consideramos las influencias psíquicas no en la clásica tríada conceptual de ello, yo y superyó, sino desde el punto de vista funcional, como de un origen arqueopsíquico, neopsíquico y exteropsíquico. Estos tres tipos de influencias psíquicas se manifiestan ellas mismas fenomenológicamente como estados del yo arqueopsíquico, neopsíquico o exteropsíquico a los que nos podemos referir coloquialmente como estados del yo Niño, Adulto y Padre respectivamente. Publiqué esta propuesta por primera vez en el quinto artículo de esta serie

(Berne, 1957) y la he elaborado ampliamente en un libro (Berne, 1961).

En esta terminología, podemos decir que la intuición es un fenómeno arqueopsíquico. De aquí que su función sea reprimida cuando el estado del yo Adulto neopsíquico predomina y disminuye cuando el estado del yo Padre exteropsíquico restringe la libertad de la arqueopsique.

Operacionalmente esto significa que ambos, el pensamiento lógico y el «ético» disminuyen la eficacia de la intuición. Ilustraré este último punto con un ejemplo.

El autor dijo una vez a unos amigos que él había ido a un café y jugado al ajedrez con un hombre que estaba allí sentado delante de un tablero de ajedrez bebiendo café, que el hombre era camarero y que, como intelectual profesional, el autor estaba algo mortificado porque un camarero le venciese en el ajedrez.

—¿Quieres decir que era camarero del café? —preguntaron los amigos.

—No, no. Era un cliente y estaba sentado allí disfrutando de su café.

—¿Cómo supiste que era camarero? ¿Iba vestido de camarero?

—No, iba vestido como cualquiera, pero podría decir que era camarero.

—¿Cómo podrías saberlo?

—Porque uno puede saber cuándo un hombre es camarero igual que uno puede decir cuándo un hombre es un policía vestido de paisano, después de haber encontrado a uno. Un camarero parece un camarero y un detective parece un detective. Cualquier criminal competente puede distinguir a un policía de paisano, sin importarle la clase de ropa que lleve, y viceversa.

—Me suena a esnobismo —dijo uno de los amigos.

—A mí también —dijo otro—. Yo no podría señalar a un camarero nada más verlo. Los camareros son gente como tú y como yo. No son ninguna clase especial de animal.

—No son una clase especial de animal —replicó el autor— pero son un tipo especial de hombre.

Debería añadir, si no está ya claro, que los amigos eran demócratas, que es el meollo de esta historia. Se supone que un demócrata verdadero ha de considerar a toda la gente como miembros iguales de la raza humana y que es una especie de maldad distinguirlos según la profesión. Éste es un ejemplo de pensamiento «ético» impuesto desde fuera por los padres o las personas que estén *in loco parentis*, y reforzado continuamente por gente que está *in loco parentis* en lo que concierne a la educación. Por eso la actitud de considerar esnob, y por lo tanto no ético en el dialecto demócrata, distinguir a la gente en la sociedad por su profesión, es de origen exteropsíquico y constituye una intrusión del estado del yo Padre en la libertad de la arqueopsique. Los amigos en cuestión eran ciertamente bastante insensibles a identificar el empleo, y desaprobando tales percepciones interfería en su intuición en este asunto. Esto es análogo a ciertos problemas de contratransferencia en el nivel clínico, donde el prejuicio de un terapeuta (a favor de personalidades creativas o en contra de los hombres que pegan a sus mujeres, por ejemplo) le impide percibir a su paciente con claridad. Ambas situaciones demuestran que las influencias paternas pueden disminuir la capacidad intuitiva arqueopsíquica con tanta efectividad como el pensamiento «lógico» neopsíquico.

Estructuralmente, pues, la intuición es una facultad arqueopsíquica. Dinámicamente, la actividad neopsíquica o exteropsíquica puede reducir su eficiencia. Por eso funciona mejor cuando predomina un estado del yo arqueopsíquico y cuando los estados del yo neopsíquico y exteropsíquico están decatectizados y relevados de su función. Las observaciones contenidas en el primer artículo de esta serie confirman esta conclusión. De forma parecida, los temores a la propia escopofilia, a la propia necesidad de estar alerta, o a la receptividad oral que parecen obstaculizar el proceso intuitivo, se basan en influencias exteropsíquicas, así que de nuevo son

esas influencias las que causan dificultad al interferir en la libertad arqueopsíquica. Hay algunas indicaciones posibles de que, fundamentalmente, la intuición clínica es un derivado bien sublimado de tendencias canibalísticas infantiles, de modo que la resistencia a la intuición puede representar un fallo de sublimación en esta área.

Para poder entender algunos problemas específicos relativos a la intuición, es necesario considerar las relaciones entre los tres tipos de estados del yo, tal como he expuesto con más detalle en otro lugar (Berne, 1961). En general, cuanto más joven es el individuo, más libre está su arqueopsique de influencias exteropsíquicas y neopsíquicas. De aquí que los niños pequeños, como sugiere Ferenczi, pueden valorar las potencialidades de otra gente sin que interfirieran elementos introducidos por la «educación», lo que incluye factores como las influencias paternas (exteropsíquicas) y el pensamiento lógico (neopsíquico).

La verdad del asunto es que a los individuos de todas las sociedades se les enseña a no mirar al otro excepto en la forma permitida por las normas sociales. El niño, por otra parte, no duda en fijar su mirada en cualquier parte del cuerpo que más le interesa de la otra persona. Junto con esto, su libido es libre para hacer lo que le apetece con los datos que recoge de esta manera. Los esquizofrénicos disfrutaban de libertades similares. Por eso los niños y los esquizofrénicos pueden recoger más datos y procesar esta información de una manera más personal de lo que les está permitido hacer a los adultos. Esto significa que sus poderes intuitivos, libidinalmente motivados, están para ellos menos trabados y más asequibles, resultando en la «intuitividad» a menudo destacada en estas dos clases de personas.

Como corolario, cuanto más «ética» es una persona, más cortés y filantrópica en pensamientos y hechos, menos libres están sus poderes de observar e intuir para funcionar sin intervención moral inconsciente. El efecto es semejante si sus observaciones y apreciaciones se estrechan para ajustarlas a las demandas de las categorías lógicas. Si su lógica o ética

están en la naturaleza de formaciones reactivas, sus poderes de observación serán todavía más ineficaces y, junto con esto, las producciones de la arqueopsique estarán sujetas a una distorsión moral o intelectual más activa. Tanto la constricción como la distorsión contribuirán a juicios erróneos. Incluso si parte de un juicio correcto lo falseará transformándolo, por razones defensivas, en algo diferente. La confusión en la propia arqueopsique puede tener un efecto parecido. Un hombre que le parece «malo» a un niño de cierta edad, puede algunas veces hacerse aparecer como «bueno» mediante una apelación directa a las necesidades orales del niño, como con una oferta de caramelos que nubla, temporalmente al menos, la primera impresión intuitiva. Los timadores y otros explotadores conocen bien esta clase de enfoque. Cuando la niebla desaparece la impresión original puede emerger de nuevo con claridad.

El terapeuta intuitivo debe sublimar el mecanismo completo, esto es, quitarle la libido y ponerlo al servicio de las aspiraciones sociales de su neopsique y exteropsique. Para disponer de sus capacidades intuitivas en su trabajo, debe mantener una separación clara entre los tres tipos de estados del yo. Su arqueopsique debe ser capaz de funcionar independientemente durante un tiempo de observación más largo o más corto; debe estar libre para observar e integrar sus datos como lo haría un niño, sin interferencia de la moral o de la lógica. Debe entregar a la neopsique las impresiones así ganadas para trasladarlas al lenguaje clínico y explotarlas bajo la influencia de la exteropsique en beneficio del paciente. El efecto es como el de un robo psicológico en el que la arqueopsique libidinosa se convierte en víctima voluntaria, quizá a cambio de otras ganancias tales como un sentimiento de omnisciencia. Si este sentimiento se convierte en enormemente deseado, puede buscar aumentos posteriores mediante la entrega de bienes adulterados o *ersatz**; una fuente más de

* Voz alemana que significa literalmente *sustituto* o *reemplazo*. (N. del E.).

intuiciones incorrectas. Por eso, tan pronto como el terapeuta confíe excesivamente en su intuición, es tiempo de descansar. Por otra parte, si la sublimación es incompleta, la arqueopsique puede intentar explotar sus intuiciones para su propio placer; en este caso, la codicia, la avidez o la ansiedad pueden conducir a juicios incompletos o distorsionados.

En este sistema, el intelecto participa como sigue: lo que son «conclusiones» para la arqueopsique se convierten en «datos para procesar» para la neopsique. Las intuiciones sin refinar, sin verbalizar, pero operativas sobre las tendencias instintivas de otra persona son independientes del intelecto, como se demuestra en las reacciones intuitivas de niños muy pequeños; pero verbalizar y clasificar en armazones lógicos esas intuiciones sin refinar es una función neopsíquica, cuya eficiencia dependerá hasta cierto punto de la capacidad intelectual del individuo.

RESUMEN

El autor considera la psicodinámica de la intuición desde los puntos de vista del psicoanálisis y del «análisis estructural». Ofrece un ejemplo para ilustrar el hecho de que tanto el pensamiento «ético» como el lógico pueden interferir en el proceso intuitivo. Las defensas contra la escopofilia, la necesidad de estar alerta y la receptividad oral parecen dar pie a una resistencia contra todo el tema de la intuición. A la inversa, las facultades intuitivas probablemente estén más fácilmente disponibles para los individuos que han sublimado con éxito las tendencias escopofílicas, paranoides y orales. Discuten las fuentes de error y el papel del intelecto en la intuición clínica.

BIBLIOGRAFÍA

- Ashby, W. R. «A new mechanism which shows simple conditioning». *Journal of Psychology*, 1950, 29, 343-347.
- Bateson, G., & Ruesch, J. *Communication*. Nueva York: Norton, 1951.
- Bergler, E. «The gambler». *Journal of Criminal Psychopathology*, 1943, 4, 379-393.
- Bergler, E. *The basic neurosis*. Nueva York: Grime & Stratton, 1949.
- Bergson, H. *Creative evolution*. Nueva York: Modern Library, 1944.
- Berkeley, E. C. *Giant brains*. Nueva York: Wiley, 1949.
- Berne, E. *The mind in action*. Nueva York: Simon & Schuster, 1947.
- Berne, E. «Group attendance: Clinical and theoretical considerations». *International Journal of Group Psychotherapy*, 1955, 5, 392-403.
- Berne, E. *Transactional analysis in psychotherapy*. Nueva York: Grove, 1961.
- Bernfeld, S., & Feitelberg, S. *Bericht uber einige psychophysiologische Arbeiten*. Imago, Lpz., 1934, 20, 224-231.
- Bion, W. R. «Group dynamics: A re-view». *International Journal of Psycho-Analysis*, 1952, 33, 235-247.
- Brillouin, L. «Life, thermodynamics and cybernetics». *American Scientist*, 1949, 37, 554-568.
- Brillouin, L. «Thermodynamics and information theory». *American Scientist*, 1950, 38, 594-599.
- Cohen, M. R. & Nagel, E. *An introduction to logic and scientific method*. Nueva York: Harcourt, Brace, 1934.
- Darwin, C. *Expression of the emotions in man and animals*. Nueva York: Appleton, 1886.
- Deutsch, H. *Psychology of women (Vol. 1)*. Nueva York: Grune & Stratton, 1944.
- Eisenbud, J. «Telepathy and problems of psychoanalysis». *Psychoanalytic Quarterly*, 1946, 15, 32-87.
- Erikson, E. H. *Childhood and society*. Nueva York: Norton, 1950.

- Federn, P. «The undirected function in the central nervous system». *International Journal of Psychoanalysis*, 1938, 19(2), 1-26.
- Federn, P. *Ego psychology and the psychoses*. Nueva York: Basic Books, 1952.
- Fenichel, O. *The psychoanalytic theory of neurosis*. Nueva York: Norton, 1945.
- Ferenczi, S. *Sex in psycho-analysis*. Boston: Badger, 1916.
- Freud, S. *New introductory lectures on psycho-analysis*. Nueva York: Norton, 1933.
- Freud, S. *Group psychology*. London: Hogarth, 1940.
- Freud, S. *An outline of psychoanalysis*. Nueva York: Norton, 1949.
- Freud, S., & Breuer, J. *Studies in hysteria*. Nueva York: Nervous and Mental Disease Publishing Co., 1937.
- Fromm-Reichmann, F. *Development of treatment of schizophrenics by psychoanalytic psychotherapy*. *Psychiatry*, 1948, 11, 263-273.
- Gitelson, M. «The emotional position of the analyst in the psychoanalytic situation». *International Journal of Psychoanalysis*, 1952, 33, 1-10.
- Hinsie, L. E., & Shatzky, J. *Psychiatric dictionary*. Nueva York: Oxford University Press, 1945. (v. «perception, subconscious»)
- Hunt, J. McV. (Ed.). *Personality and the behavior disorders*. Nueva York: Ronald, 1944.
- Hutchinson, E. D. *Varieties of insight in humans*. *Psychiatry*, 1939, 2, 323-332.
- Jaensch, E. R. *Eidetic imagery*. London: Kegan Paul, 1930. (El autor no ha tenido acceso a este trabajo y sólo ha estudiado extractos y resúmenes).
- Jones, E. *The theory of symbolism*. En *Papers on psychoanalysis*. Nueva York: William Wood, 1923.
- Jung, C. G. *Psychological types*. Nueva York: Harcourt, Brace, 1946.
- Kahn, E. *Psychopathic personalities*. New Haven: Yale University Press, 1931.
- Kempf, E. J. *The autonomic functions and the personality*. Nueva York: Nervous and Mental Disease Publishing Co., 1921.
- Kestenberg, J. S. «Notes on ego development». *International Journal of Psychoanalysis*, 1953, 34, 111-122.
- Kohler, W. *Gestalt psychology*. Nueva York: Liveright, 1929.
- Kris, E. «On inspiration». *International Journal of Psychoanalysis*, 1939, 20, 377-390.
- Krogh, A. «The language of the bees». *Scientific American*, Agosto 1948, 18-21.

- Kulp, J. L., Feely, H. W., & Tryon, L. E. «Lamont natural radiocarbon measurements, I». *Science*, 1951, 114, 565-568.
- Maurer, D. W. *The big con*. Nueva York: Pocket Books, 1949.
- Mygatt, G. *Pageant*, September 1947.
- Newman, J. R. «The Rhind Papyrus». *Scientific American*, Agosto 1952, 187, 24-27.
- Ostow, M. «Entropy changes in mental activity». *Journal of Nervous and Mental Diseases*, 1949, 110, 502-506.
- Pederson-Krag, G. «Telepathy and repression». *Psychoanalytic Quarterly*, 1947, 16, 61-68.
- Pei, M. *The story of language*. Philadelphia: Lippincott, 1949.
- Penrose, L. S. «Freud's theory of instinct and other psychobiological theories». *International Journal of Psychoanalysis*, 1931, 12, 87-97.
- Piaget, J. *The moral judgment of the child*. Nueva York: Harcourt, Brace, 1932.
- Piaget, J. *The construction of reality in the child*. Nueva York: Basic Books, 1954.
- Poincare, H. «Mathematical creation». (J. R. Newman, Ed.) *Scientific American*, Agosto 1948, 179, 54-57.
- Rapaport, D. (Ed.). *Organization and pathology of thought*. Nueva York: Columbia University Press, 1951.
- Rashevsky, N. *Mathematical biophysics*. Chicago: University of Chicago Press, 1938.
- Reik, T. *Listening with the third ear*. Nueva York: Farrar, Straus, 1948.
- Rhine, J. B. *New frontiers of the mind*. Nueva York: Farrar & Rhinehart, 1937.
- Ronchese, F. «Calluses, cicatrices and other stigmata as an aid to personal identification». *Journal of American Medical Association*, 1945, 128, 925-931.
- Rosen, J. N. «Treatment of schizophrenic psychosis by direct analytic therapy». *Psychiatric Quarterly*, 1947, 21, 3-37; 117-119.
- Schilder, P. *Mind*. Nueva York: Columbia University Press, 1942.
- Shannon, C. E. «A chess-playing machine». *Scientific American*, Febrero 1950, 182, 48-51.
- Shannon, C., & Weaver, W. *The mathematical theory of communication*. Urbana: University of Illinois Press, 1949.
- Sharpe, E. «Psycho-physical problems revealed in language». En *Collected papers on psycho-analysis*. London: Hogarth, 1950.
- Shatzky, J., & Hinsie, L. E. *Psychiatric dictionary*. Nueva York: Oxford, 1940.

- Silberer, H. In D. Rapaport, 1951, q.v.
- Smythies, J. R. «The "base line" of schizophrenia». *American Journal of Psychiatry*, 1953, 110, 200-204.
- Spitz, R. (Películas mostradas en un reuniones científicas).
- Stone, L. «On the principal obscene word of the English language». *International Journal of Psychoanalysis*, 1954, 35, 30-56.
- Sturtevant, E. H. *An introduction to linguistic science*. New Haven: Yale University Press, 1947.
- Symposium. «Teleological mechanisms». *Annals of the New York Academy of Science*, 1948, 50, 187-278.
- Walter, W. G. *An imitation of life*. Scientific American, Mayo 1950, 182, 42-45.
- Walter, W. G. «A machine that learns». *Scientific American*, August 1951, 185, 60-63.
- Weiss, E. *Psychodynamics*. Nueva York: Grune & Stratton, 1950.
- Wiener, N. *Cybernetics, or control and communication in animal and machine*. Nueva York: Wiley, 1948. (a)
- Wiener, N. «Time, communication, and the nervous system». *Annals of the New York Academy of Science*, 1948, 50, 217. (b)
- Wild, K. W. *Intuition*. London: Cambridge University Press, 1938.
- Wittels, F. «Review of Stekel's Interpretation of dreams». *Psychoanalytic Quarterly*, 1945, 19, 542

ANEXO I: PRÓLOGO DEL EDITOR DE LA VERSIÓN ORIGINAL*

En estas páginas Eric Berne hace algo más que penetrar en los misterios de la intuición. Explica el fascinante rumbo que le lleva a hallar un sistema psicoterapéutico completo, el análisis transaccional (AT), esa extraordinaria ayuda para el esclarecimiento de las cuestiones humanas. Estos importantes artículos históricos describen, como sólo lo puede hacer una fuente original, la evolución de la percepción y conciencia del Dr. Berne, desde las de un psicoanalista ortodoxo a las de un creador de un nuevo enfoque para la psicoterapia casi desafiante.

Por supuesto, no comienza la serie con descripción alguna en mente, pero eso es lo que resulta ser.

El primer escrito, *La naturaleza de la intuición*, se termina en 1949, un año en el que todavía está en su propio análisis (con Erik Erikson), aspirando aún al título oficial de psicoanalista. Cuando publica el último *Las psicodinámicas de la intuición*, en 1962, han pasado ocho años desde que había iniciado su primer grupo de AT, embrionario aunque real. (Los lectores pueden ver en este último artículo, y en todos los libros de Berne sobre la materia, que no ha renegado de su deuda con la teoría freudiana, a pesar de haberse apartado de los freudianos).

Estos ocho artículos trazan la historia, desde sus experimentos tempranos con la intuición (para la que tenía un don

* Traducción de Agustín Devós Cerezo.

sorprendente) a la prueba (mediante la imaginiería primaria, el juicio primario y la imaginiería del yo) de que todos nosotros no somos solo una personalidad sino una combinación de tres, Padre, Adulto y Niño, residentes todas ellas en una única piel. Aquí explica brevemente cómo este trío complica el auto-conocimiento, la comunicación, el comportamiento social y los destinos personales, materias que desarrolla en mayor medida en *Análisis transaccional en psicoterapia*, *Juegos en que participamos*, *¿Qué dice usted después de decir «Hola»?* y en otros libros.

Pero en éste revela los orígenes del AT, que están bien enraizados.

Todos los artículos menos el primero se han editado ligeramente (corchetes y puntos suspensivos indican dónde) para evitar la repetición, pero se ha dejado alguna superposición para mostrar cómo los escritos se construyen unos sobre otros.

Aquí hay una oportunidad para los lectores, novatos en el AT o no, de aprender mucho más sobre Eric Berne, la intuición, las complejidades de la psicoterapia, las raíces del AT, y también de ellos mismos.

TA Press y la Asociación Internacional de Análisis Transaccional (ITAA) reconocen la generosidad de los editores originales que han permitido aquí la reelaboración de los artículos: *The Psychiatric Quarterly*, *The American Journal of Psychotherapy* y *The International Record of Medicine*.

El agradecimiento del editor es para el gerente de *Transactional Publications*, Hank Maiden; el presidente de ITAA, el Dr. H. Holloway; y al director ejecutivo de ITAA, Robert Andersen, por su consejo y asistencia en la preparación de este libro.

Paul McCormick

ÍNDICE

Prólogo por Felicísimo Valbuena	7
1. La Naturaleza de la Intuición	20
<i>Material clínico</i>	26
<i>Protocolo nº 1</i>	30
<i>Protocolo nº 2</i>	35
<i>Caso 1</i>	36
<i>Caso 2</i>	36
<i>Protocolo nº 3</i>	38
<i>Caso 1</i>	38
<i>Caso 2</i>	38
<i>Protocolo nº 4</i>	39
<i>Protocolo nº 5</i>	39
<i>Cualidades de la función intuitiva</i>	41
<i>¿Qué se intuye?</i>	44
<i>Discusión</i>	46
<i>Conclusiones</i>	48
2. Sobre la Naturaleza del Diagnóstico	51
<i>Diagnóstico por inspección</i>	51
<i>Verbalizar los criterios de diagnóstico</i>	54
<i>La diagnosis como un proceso configuracional</i>	60
<i>Comentario</i>	66
<i>Resumen</i>	66
3. Sobre la Naturaleza de la Comunicación	69
<i>Cibernética y psiquiatría</i>	69
<i>La comunicación latente</i>	74
<i>Aplicaciones clínicas</i>	78
4. Intuición IV: Imágenes Primarias y Juicio Primario	87
<i>Consideraciones preliminares</i>	91
<i>Infancia y niñez</i>	93
<i>Esquizofrenia</i>	96
<i>Neurosis</i>	99
<i>Vida cotidiana</i>	100
<i>Experimentos con la intuición</i>	103

<i>Experimentos con el juicio primario</i>	104
<i>Diagnóstico clínico</i>	107
<i>Resumen</i>	115
5. Intuición V:	117
La Imagen del Yo	
<i>El problema</i>	117
<i>Importancia clínica</i>	119
<i>Un ejemplo clínico</i>	123
<i>Modelo del yo, símbolo del yo e imagen</i>	128
<i>Aplicación terapéutica</i>	134
<i>Resumen</i>	136
6. Estados del Yo en Psicoterapia	139
<i>Una ilustración clínica</i>	139
<i>Algunas consideraciones teóricas necesarias</i>	148
<i>Aclaración del diagnóstico</i>	151
<i>Técnica terapéutica</i>	154
<i>Resultados</i>	157
<i>Sugerencias prácticas</i>	158
<i>Resumen</i>	160
7. Análisis Transaccional:	161
Un Método Nuevo y Efectivo de Terapia de Grupo	
<i>Análisis estructural</i>	163
<i>Análisis transaccional simple</i>	165
<i>El análisis de los juegos</i>	167
<i>El análisis de guiones</i>	171
<i>Autoanálisis</i>	172
<i>Resumen</i>	172
8. Intuición VI: Las Psicodinámicas de la Intuición	175
<i>Resumen</i>	182
Bibliografía	183
Anexos:	
<i>Anexo I: Prólogo del editor de la versión original</i>	187
<i>Anexo II: Una nota sobre el editor de la versión original</i>	189
<i>Anexo III: Nota del editor</i>	190
<i>Anexo IV: Bibliografía comentada de Eric Berne</i>	192

A finales de 1945, el psiquiatra y Oficial Médico Eric Berne dispone de unos 45 segundos para dirimir si un soldado es apto para ser licenciado. Tiene tiempo para dos preguntas. Con las respuestas además intenta averiguar su profesión civil. Unos 25.000 soldados pasaron por el proceso.



Esta experiencia, junto a su sólida formación psicoanalítica y a la necesidad urgente de «curar» le llevan a desarrollar un sistema completo: el Análisis Transaccional.

Ocho ensayos escritos en un periodo de trece años desvelan los mecanismos de la intuición y de la comunicación latente entre las personas.

«En lenguaje vulgar, se pueden caracterizar a los recién conocidos como gilipollas, huevones, capullos, pedorros, pestosos, mierdas y mamones; o perras, guarras, facilonas, tocapelotas, gatitas, sensibleras y ratitas presumidas. Todos estos términos oprobiosos son derivados intuitivos de imágenes primarias.



Además, ésta es la materia de la que están hechas las relaciones duraderas. La ratita presumida y el mamón, de alguna manera saben cómo encontrarse el uno al otro, y a menudo se enamoran a primera vista, o eso dicen ellos»

«Hay un momento para el método científico y un momento para la intuición –uno trae consigo más certeza, la otra ofrece más posibilidades; las dos juntas son la única base del pensamiento creativo»

[jeder: uno cualquiera]

www.JederLibros.com

